

IGLESIAS QUEMADAS Y DESCRISTIANIZACIÓN

Una nueva ola de cristianofobia invade Francia

LIBERTAD RELIGIOSA

09_09_2024



**Lorenza
Formicola**



La iglesia de la Inmaculada Concepción de la pequeña ciudad de Saint-Omer, en el departamento del Paso de Calais, en la región de Alta Francia, ya no tiene tejado ni campanario. El interior está completamente devastado y apenas ha quedado nada dentro. Se incendió el lunes pasado y 90 bomberos tuvieron que intervenir para apagar el fuego. Cuando informaron al párroco al amanecer del incendio en curso, corrió al

lugar y pidió a los bomberos que entraran en la iglesia: “Lo más importante, el Santísimo Sacramento, lo hemos recuperado”, informó más tarde. Pero la iglesia neogótica, construida en 1854 y restaurada en 2018, tendrá que ser reconstruida. Como Notre Dame en París.

El ataque anticristiano fue perpetrado por un hombre de 40 años que había salido de la cárcel el 27 de agosto. Los antecedentes penales de este hombre revelan 26 condenas por delitos graves, entre ellos decenas de ataques incendiarios contra iglesias. Así, mientras el fiscal considera que “son necesarias investigaciones psiquiátricas y psicológicas para comprender sus verdaderas motivaciones en materia de reincidencia, en particular en relación con los lugares de culto”, Francia sigue en el primer puesto de Europa en ataques, incendios y atentados a iglesias católicas. De hecho, la única constante del verano francés han sido los atentados contra el cristianismo.

En **julio, con pocos días de diferencia**, se produjeron incendios provocados en la iglesia de Saint Simplicien de Martigné-Briand, cuyo confesionario ardió en su totalidad, y después en la catedral de Ruán. En esta última ardió “sólo” la aguja más alta porque el resto fue sofocado a tiempo. En ambos casos, sin culpables reconocidos.

Y si hacía unos años que “Allah Akbar” no aparecía en la puerta de una iglesia, como ocurrió en Notre Dame du Taur en Toulouse y en Saint Pierre du Martroi en Orleans donde, antes de las llamas, quedó como firma el grito de guerra islámico, la historia se repitió el pasado 14 de julio. En Notre Dame du Travail, en el distrito 14 de París, alguien -que aún no ha sido identificado- cubrió el interior del edificio sagrado con inscripciones como “**de la iglesia aquí quemamos la primera parte**”; “someteos a Alá”; “un solo dios, Alá”, junto con otras muchas con blasfemias explícitas. El atacante también intentó prenderle fuego, pero fue en vano y, antes de abandonar el edificio, robó una estatua de madera de la Virgen María de la iglesia, que fue encontrada en el baño de un bar cercano, con un cuchillo en la garganta y una nota que rezaba: “María, éste es tu destino. Los musulmanes no podemos aceptarte”.

En Nueva Caledonia, también en julio, los incendios provocados afectaron a las iglesias de Notre-Dame de l'Assomption, la iglesia de Tyé y Saint Louis, de la que no queda nada. Actos de **violencia** tan brutales que Macron y el ministro del Interior, Darmanin, intervinieron al respecto. En agosto, antes de la misa dominical, el párroco de la iglesia de Saint Pierre, en Lège Cup Ferret, encontró el sagrario derribado y las Hostias consagradas arrojadas al suelo y pisoteadas.

La crónica francesa de los atentados contra el cristianismo cuenta con una lista interminable

y muy “creativa” de violencia gratuita, pero nunca habla de culpables. Basta pensar en los casos de Notre Dame, Saint Denis, Rennes, Saint Sulpice en París, Pontoise, Nancy, Nantes, Nuestra Señora de Gracia en Revel, la iglesia de Saint-Jean-du-Bruel en Rodez, la catedral de Saint Alain en Lavaur: todas iglesias incendiadas en los últimos años y que siempre, según los dictámenes de la fiscalía, presentaban claros indicios de incendio provocado, pero que sin embargo fueron archivadas como accidentes. Tanto es así que, durante mucho tiempo, ha circulado la ironía sobre el extraño fenómeno de las iglesias francesas que sufren combustiones espontáneas.

Sin embargo, cuando surge un culpable, no siempre es útil. Como en el verano de 2021, cuando un sacerdote **fue asesinado en Saint-Laurent-sur-Sèvre, en Vendée**, al oeste de Francia. El asesino se entregó a la policía: era un inmigrante ilegal de Ruanda, el mismo que un año antes había **incendiado la catedral de Nantes** exasperado porque no le renovaban el permiso de residencia.

Un informe parlamentario sobre “actos antirreligiosos” realizado por Isabelle Florennes, diputada por Hauts-de-Seine, y Ludovic Mendès, diputado por Moselle, y presentado al Primer Ministro en 2022, enumeraba 857 actos anticristianos cometidos en Francia en 2021, incluidos 752 ataques contra lugares de culto y cementerios cristianos. Así, cada día, al menos dos lugares de culto en Francia fueron objeto de violencia. En 2022, los ataques contra la comunidad cristiana aumentaron un 8%, según el último informe del Servicio Central de Inteligencia Territorial (SCRT). En 2023, según el Ministerio del Interior, se produjeron casi 1.000 **actos anticristianos**: unos tres ataques al día.

Repasando las noticias vemos que se trata de un enorme fenómeno social en la Francia de Macron. Las raíces son profundas y no hay soluciones en el horizonte. La antigua “hija predilecta” de la Iglesia cuenta ahora con al menos 40.000 iglesias, una cifra que debe yuxtaponerse a la de la descristianización que campa a sus anchas por el país y que se caracteriza, en particular, por el declive de la práctica religiosa. Sin embargo, dada la costumbre de mantenerlas abiertas, se deduce que, en primer lugar, la vigilancia en los lugares de culto disminuye cada año, lo que los convierte en lugares muy fáciles de atacar.

La verdadera comprensión del problema reside, sin embargo, en la violenta **ofensiva anticristiana** que hace estragos en Francia. Un hecho cultural que oscila entre la burla y los “actos intelectuales” de odio hacia los católicos y la guerrilla incluso judicial de diversas asociaciones y ONG, como la “Libre pensée” y la “Ligue des droits de l'homme”, que, cada vez que se vislumbra un símbolo del cristianismo en el espacio

público, están dispuestas a atascar los tribunales para luchar contra los cristianos. Desde hace años, estas dos asociaciones intentan limpiar Francia de estatuas de San Miguel y la Virgen María: los casos de Sables d'Olonne, Vendée y Burdeos son emblemáticos.

Al mismo tiempo, si desde hace décadas se critica unánime y unilateralmente a la institución católica, con coros de extrema izquierda que repiten “la única iglesia que ilumina es la que arde”, ¿por qué esto no puede considerarse una incitación al odio? Y, sobre todo, ¿cómo sorprenderse de la deriva actual? Deriva que, además, ha acabado inevitablemente entrelazada con el odio al cristianismo inherente al islam. Poniendo igualmente en peligro la vida y la libertad de todos.

El país de Macron vive el fenómeno de descristianización masiva más importante desde la Revolución Francesa, y en una sociedad en la que ya no hay nada que profanar, las iglesias siguen siendo, en el imaginario colectivo, lo último sagrado que queda en Francia. Por ahora, sin embargo, las puertas siguen sin abrirse.